

ADAM SMITH, MORAL Y ECONOMÍA

Félix García Moriyón

Teresa Sanz García

Profesores Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Atravesamos una profunda crisis económica, que, como era inevitable, se está convirtiendo en una profunda crisis social y política que está afectando a la legitimidad del sistema vigente. En esta tesitura de predominio de las ideas neoliberales y crisis moral, queremos volver la vista atrás y considerar la aportación de Adam Smith, porque fue el quien sentó las bases de la teoría económica y fundamentó la propuesta liberal, tanto en política como en economía y porque destacó la dimensión moral de la actividad económica.

En su obra destaca que las bases morales de la economía son el sentimiento de simpatía y la figura del espectador imparcial, lo que sitúa la cuestión en un cuerpo a cuerpo y en un corto plazo en que también se situó posteriormente Keynes y en nuestros días Sen y los defensores de la economía del bien común. Su liberalismo poco tiene que ver con los actuales neoliberales que solo consideran la primera parte, el individualismo, pero no la segunda, el largo plazo, la sociedad.

Esperamos que esta vuelta a planteamientos iniciales proporcione argumentos adicionales a los que consideran que de la crisis actual no se sale insistiendo en la receta “más de lo mismo”.

INTRODUCCIÓN

La economía siempre ha sido protagonista de nuestras vidas pero, en los últimos tiempos lo es aún más si cabe. Es la cortina de humo que utilizan algunos gobernantes para hacernos notar la complejidad de su tarea, y los medios de comunicación nos bombardean con términos y diagnósticos que superan nuestra capacidad de entendimiento y nuestro interés, pero que repetimos a fuerza de que nos lo repiten. También es cierto, que el peso que las cuestiones económicas -especialmente en épocas de crisis prolongada- tienen sobre nuestras vidas es importante, y que la sociedad consumista y la división del trabajo nos han colocado en una tesitura donde los dilemas morales no tienen apenas cabida, y aceptamos cualquier explicación propuesta por los gobiernos y amplificadas por los medios de comunicación.

Al mismo tiempo y en aparente contradicción, hay una creciente preocupación por el impacto de la actividad económica en la marcha general de la sociedad y las implicaciones morales que esto conlleva. La Responsabilidad Social Corporativa, entre otras propuestas, ha ganado relevancia y, junto con la búsqueda de un desarrollo sostenible, se ha convertido en campo de cuantiosos estudios y no menos cuantiosas experiencias prácticas. No obstante, la información económica suele iniciarse todos los días con datos sobre la Bolsa, señal evidente del interés en centrar la atención sobre la economía financiera y en resaltar que el valor, el dinero, son el objetivo central de la economía y no la economía real, el paro y la ineficiencia empresarial.

Es muy posible que en estos momentos el relato de Mandeville, *La fábula de las abejas: o, vicios privados, públicos beneficios*, sea el relato que sintetiza mejor la marcha de la economía actual. Según este relato, la rapacidad y la violencia de las élites extractivas benefician a la sociedad en general, de donde se sigue que las cuentas de resultados miden el bienestar económico de la economía y de la gente. Sin embargo, en un mundo globalizado que estimula la maximización del beneficio empresarial, el incremento de la producción y del producto interior bruto cada vez son menos representativos de la actividad económica real, entendida como medio de satisfacción de las

necesidades. En la práctica se impone la obsolescencia programada que incrementa, se estimula el consumo compulsivo y se ignora lo relativo a la sostenibilidad de los recursos y la responsabilidad ética empresarial. Se habla mucho de ambas pero en declaraciones retóricas que, en el fondo, son contradictorias con la economía real. La cruda realidad es que para ser competitivos de verdad, hay que dejar en segundo plano la responsabilidad social corporativa, la sostenibilidad el consumo responsable y todo lo demás.

En este contexto, dominados por una específica manera de entender el liberalismo económico que recibe habitualmente el nombre de neo-liberalismo, no es infrecuente que se cite a uno de sus padres fundadores, Adam Smith como padre del pensamiento económico que inicio la orientación del desarrollo y la implantación del modo de producción capitalista que sigue rigiendo en la actualidad. Efectivamente Adam Smith distinguió por primera vez entre el bien público y el bien privado, con el ejemplo de que el panadero o el carnicero no nos atienden por ser benevolentes con nosotros, sino porque de ese modo atienden su interés particular; y fue también él quien acuñó la expresión de la «mano invisible» que era capaz de regular el mercado y bajo esas premisas afirmo que el gobierno no debía entrometerse en asuntos que, sin duda, serían mucho mejor regulados por los propios interesados.

Estos son los lugares comunes del ideario neoliberal que ha promovido, en consecuencia, la total desregulación y el predominio absoluto del deseo de ganancia como motor de la economía y de ahí a que la ética de una gran empresa sea satisfacer a sus accionistas, quienes lo que buscan por encima de todo es el incremento de los dividendos. Pero olvidan el largo plazo, cosa que Adam Smith no incluyo, porque no tenía perspectiva para hacerlo, pero ahora si la tenemos.

LA FILOSOFÍA MORAL DE ADAMA SMITH: MORAL Y ECONOMÍA

Algunos autores señalan que aun en el corto plazo, no deja de ser una visión sesgada de Adam Smith quien fue mucho más allá en su análisis. No debemos olvidar que empezó con un gran tratado sobre la moral, *Teoría de los sentimientos morales*, al que siguió, diecisiete años después, el tratado sobre asuntos económicos la *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Este periodo de reflexión inauguró, sin duda, un nuevo modo de analizar la economía, pero lo hizo mucho más en continuidad con la tradición anterior de lo que ese sesgo interpretativo mantiene. Ciertamente es que distinguió entre bienes privados y bienes públicos, pero su objetivo era incrementar la riqueza de las naciones, no de los individuos; cierto es que expuso su teoría de la mano invisible, pero defendió también el juicio ético del comportamiento económico basado en la figura del espectador bien informado e imparcial y por último consideró, que los intereses particulares no estaban en general en contra de los intereses públicos, sino que más bien existía una marcada continuidad entre ambos. Si bien algunos han hablado de que existen dos Adam Smith, es quizá más acorde con la realidad subrayar que entre ellos hay esa continuidad que queremos remarcar con este artículo.

Adam Smith abordó el análisis económico teniendo en cuenta un tema que ya estaba presente desde Aristóteles: la equidad, valor humano que busca la justicia e igualdad de oportunidades, respetando las características particulares, para darle a cada uno lo que le corresponde o merece. En esa línea la equidad social es la aplicación de los derechos y obligaciones a las personas, de manera justa y equitativa, e independientemente de la clase a que pertenezcan. El objetivo de la equidad social no es eliminar las desigualdades sociales, sino superarlas, aplicando un trato equivalente a todas las personas que forman parte de la sociedad, en un equilibrio entre la justicia conmutativa y distributiva.

La economía, pues, toma su objeto y justificación de la justicia y la búsqueda de la equidad en las relaciones entre los seres humanos. Esa búsqueda, entronca con la ley natural, pues tiene como objetivo el bien común y el bien particular no puede ir en contra del bien común; además controla las relaciones entre particulares y obliga a reconocer al otro sin necesidad de reciprocidad, lo que entra en el ámbito de la justicia conmutativa y, por último, se ocupa de distribuir un bien común entre los

miembros de una sociedad, en proporción a los méritos y posibilidades de las personas, lo que resulta ser el campo de la justicia distributiva.

Como ya hemos comentado, la preocupación de Smith se centró en la riqueza de las naciones, algo más que la suma de las riquezas individuales, y en el mejor modo de alcanzarla con una adecuada organización económica. Tiene sin duda una enorme importancia el que considerara que el ser humano debe tomar sus decisiones de manera libre y personal, pero al mismo tiempo, como no somos individuos aislados en ningún caso, lo hace como ser profundamente social de personalidad configurada en relación con el entorno social.

Una constante del pensamiento de Smith es lograr que las instituciones públicas, el Estado, que entonces no tenía en absoluto el volumen en funciones y recursos económicos que tiene ahora, se entrometiese lo menos posible en las relaciones entre los agentes económicos, o en general, entre los ciudadanos. Y tenía razón, los intereses particulares de todos ellos, el libre juego de la oferta y la demanda, en la mayor parte de los bienes, determina un punto de equilibrio eficiente y en ese contexto, la generación de renta y riqueza y su distribución son óptimas y cumplen el criterio de equidad. Sin duda, la debilidad del Estado de la época y la pujanza de unas clases sociales con iniciativa empresarial, avaló entonces esa tesis, pero no sin considerar que la actuación de los seres humanos, en las relaciones que establecen entre ellos, debe estar regida por el criterio que él denominó del espectador bien informado e imparcial, un criterio que no se guía por esos intereses particulares.

Este criterio debe entenderse en el sentido de una especie de conciencia moral que se desarrolla en el proceso de socialización, interiorizando conscientemente las normas que regulan el comportamiento del grupo. Supone adoptar un punto de vista que trasciende los intereses particulares y permite establecer normas de regulación comercial y económica justas. Es importante destacar que hace falta esa interiorización, esto es, llegar a asumir la perspectiva del espectador imparcial como rasgo habitual, como virtud del ser humano.

Al mismo tiempo, la persona individual está motivada por el sentimiento de simpatía hacia los demás, que no consiste solo en conmoverse al percibir la situación ajena, sino en un acto más complejo, en el que tiene parte importante un proceso cognitivo, el de la imaginación, gracias al cual no solo se despierta en nosotros un sentimiento, sino que somos capaces de ponernos imaginativamente en el lugar del otro y lograr así ver las cosas desde su punto de vista. De este modo se subraya la importancia de los sentimientos y se adopta una posición que no contrapone el egoísmo al altruismo. Es este un enfoque del comportamiento humano que goza cada día de más aceptación, según se acumulan estudios sobre el comportamiento real de las personas y se indaga igualmente en los estudios de la evolución que destacan la importancia de los comportamientos basados en el apoyo mutuo, para explicar el éxito adaptativo de las especies, sobre todo la humana, una de las más cooperativas.

Eso sí, Adam Smith no se esforzó mucho en elaborar una gran teoría moral, puesto que consideraba que no era muy eficaz y pensaba que era mucho mejor centrarse en el comportamiento real de los seres humanos, para detectar cuáles son las reglas que debemos seguir en nuestra conducta y para interiorizar los sentimientos propios de un espectador bien informado e imparcial en su comportamiento.

El análisis detallado de los casos concretos nos permite ir elaborando, por inferencia inductiva, cuáles son las normas que deben regirnos y, al mismo tiempo, su línea de pensamiento es que los seres humanos dependen los unos de los otros y el interés propio, personal o individual de cada uno depende de lo que contribuya al interés de los demás. Con ese planteamiento pudo trascender la visión individual de sus antecesores y vio con claridad la necesidad de considerar no solo el corto plazo que subyace en los planteamientos individuales, sino la relación a largo plazo que caracteriza a las decisiones sociales. Individualmente, las necesidades se limitan a las que se satisfacen a corto plazo,

pero el individuo social tiene necesidades compartidas que no puede o no quiere satisfacer individualmente, entre otras cosas, porque se plantean en el largo plazo y no forman parte de sus preferencias individuales.

Esto es coherente con la idea de que la simpatía es el sentimiento central, en ese proceso de ajuste a la sociedad y a la convivencia con los demás y que admite grados. El núcleo del comportamiento humano en sociedad está guiado precisamente por la simpatía, no por el amor al prójimo o benevolencia, que se sitúan en otro nivel de exigencia. El propio interés es el principal, pues es lo que primero buscamos, pero ese interés se vincula de inmediato al interés de los más próximos, conscientes de que su bienestar es fundamental para el nuestro y viceversa y eso sucede, precisamente, porque se produce ese sentimiento de simpatía. Con los extraños, con los que están lejos de nosotros, no sería tan fácil, pero es posible y necesario que incida igualmente la simpatía como sentimiento que hace posible un comportamiento que favorece todas las relaciones y también las relaciones puramente económicas que se dan en los procesos de intercambio comercial.

Cuando los seres humanos interiorizan la perspectiva del espectador imparcial, consiguen actuar con decoro o de manera apropiada, pues tienen en cuenta los intereses del conjunto de la sociedad. El comercio y la economía, regidas teniendo en cuenta esa imparcialidad y apoyadas en cierto nivel de simpatía, que también alcanza a los más alejados, a los que no conocemos apenas, es el que permite el desarrollo del comercio y del crecimiento de la producción y, por tanto, incrementar la riqueza de las naciones.

Cierto es que en ese ámbito es más fácil que aparezcan comportamientos malévolos, como el problema del bellaco egoísta del que ya había hablado Hume, pero será un comportamiento nocivo, un fallo del mercado (enfrentamientos, competencia desleal, monopolios comerciales, pacto en los precios...) que termina empobreciendo a los países y las personas.

En una obra intermedia entre las dos citadas, las *Lecciones sobre jurisprudencia*, afirmaba Smith que el crecimiento de la riqueza dependía de formas benevolentes de comercio basadas en sentimientos de simpatía que generaban confianza mutua. Eso nos vuelve a llevar a la vinculación de Smith con las éticas de la virtud, que se remontan a la Grecia clásica y que han estado, al menos como ideal regulador, en la base de los esfuerzos por construir sociedades democráticas en la edad contemporánea. Esto es, los individuos de una nación, partiendo de la experiencia en sus relaciones con los demás, deben desarrollar unos hábitos de comportamiento que se conviertan casi de manera espontánea en formas efectivas de acción. Nada más lejos que las teorías de la acción racional que, desde posiciones neoliberales, han intentado explicar el comportamiento social y económico de las personas considerándolas individuos aislados que, profundamente egoístas, se guían, según sean consumidor o productor, por el principio de maximizar su utilidad o beneficio y por reducir los costes o riesgos.

En contra de lo que apuntaba Adam Smith, desde esta perspectiva la persona que tuviera en cuenta los intereses del conjunto de la sociedad y actuara aceptando en algunos casos pérdidas personales, sería una persona que no actuaría racionalmente.

DE SMITH A KEYNES Y SEN

Si retomamos este enfoque de Adam Smith, podríamos ver en las aportaciones de Keynes un desarrollo encaminado a completar con algo parecido al espectador imparcial, los fallos que se producen en el mercado cuando se confía solo en la «mano invisible» y no se articulan mecanismos eficaces para evitar el daño producido por posibles agentes malévolos. Así, la teoría económica de Keynes incorporó un tercer agente, el sector público, encargado de satisfacer las necesidades que implican el largo plazo, las que son satisfechas conjuntamente, las que ocasionan externalidades o las que el mercado no puede, por su naturaleza, satisfacer. Si solo actúa la mano invisible, lo más probable

es que a largo plazo se produzca la preponderancia de un agente sobre el otro, generalmente del productor sobre el consumidor, o, desde otro punto de vista, los de los propietarios o gestores de las empresas sobre los de los trabajadores.

Lo que actualmente denominamos keynesianismo o Teoría Keynesiana no es sino el papel compensatorio reconocido al agente económico que proporciona la visión a largo plazo, de la que carecen, por su propia naturaleza, los otros dos agentes y que se justifica por la justicia distributiva. Si empleamos los conceptos de Smith, esa “visión a largo plazo” se aproxima a la idea del espectador imparcial y pone el centro del interés de la economía, no tanto en el beneficio individual, o de una empresa concreta, sino en el beneficio de la nación como un conjunto más amplio de individuos y empresarios.

La aportación de Keynes completó la explicación de la actividad económica iniciada por Smith y resultó con vocación de permanencia, porque entronca de forma sustancial con lo que es la economía, la forma de poner en relación las necesidades con los bienes que las satisfacen, es decir, al agente consumidor (condensador de las necesidades) con el agente empresa (productor de bienes y servicios).

El mercado es la forma de decir que los consumidores satisfacen sus necesidades y los empresarios venden sus productos y que esta relación es estable, en unas condiciones determinadas de competencia perfecta tales como el corto plazo, la existencia de información completa, los distintos tipos de necesidades y de productos que las satisfacen etc... Cuando alguna de esas numerosas y variadas condiciones no se cumple, un agente se impone al otro y el equilibrio se rompe y con él la economía. Warren Buffet, miembro de Patriotic Millionaires, ha resumido eso en una frase contundente: «Por supuesto que existe lucha de clases, y mi clase la ha ganado».

La única línea de solución posible es incorporar a la economía al agente cuya tarea es ir recomponiendo el equilibrio y Keynes propone un sector público cuya primera tarea sea compensar los fallos del mercado.

Pero esa tarea se incrementa al tener que abordar otro tipo de fallos del mercado: la incapacidad de producir lo que necesitan los consumidores cuando estos no revelan sus preferencias, porque las preferencias sociales no se sitúan al mismo nivel que las individuales o por la presencia de efectos externos en la producción o el consumo. La relación de las necesidades sociales con el largo plazo se descubre por la incapacidad del mercado (oferta y demanda o consumidores y productores) de hacer que la economía sea la forma de satisfacer las necesidades de las personas.

Hay un tercer aspecto en el que la teoría keynesiana puede contribuir a completar el planteamiento de Smith y es afrontando problemas que en época de Smith, cuando el modo de producción capitalista estaba surgiendo, no se podían prever. Para Keynes, el sector público es necesario para compensar el movimiento cíclico de la economía que, de forma inexorable, por la propia inercia de su funcionamiento, produce más a medida que se demanda más y lo hace hasta que se agotan o sobreexplotan los recursos disponibles y, correspondientemente, produce menos, a medida que se demanda menos, hasta que todos los recursos están ociosos. Este vaivén, nada parecido al necesario funcionamiento estable que se necesita, no se puede evitar porque “el mercado” precisamente, funciona así y en una economía diversificada y con múltiples posibilidades de producción y de consumo, resulta absolutamente destructivo.

El sector público debe encargarse, pues, no de evitar que el mercado funcione con la dinámica descrita, sino de poner límites, techo y suelo, a esos movimientos cíclicos. Es lo que conocemos como política fiscal, la gran aportación keynesiana, que describe tanto el fenómeno como los instrumentos que la hacen funcionar, el gasto público y los impuestos y entre ellos destacan los impuestos directos progresivos, que tienen un papel fiscal especial porque funcionan como estabilizadores automáticos. Si

admitimos que la estabilidad de la economía es la base, no solo de la justicia social sino del propio funcionamiento de la economía y la garantía de un crecimiento basado en el desarrollo armónico de los recursos disponibles, la teoría keynesiana aporta una sólida explicación, que, al mismo tiempo, proporciona unas pautas para la organización de una economía que satisfaga las necesidades humanas utilizando eficientemente los recursos disponibles.

El keynesianismo, por tanto, puede ser interpretado como una aportación específica que completa el planteamiento de Smith, profundizando en lo que aquel ya había adelantado. Como ya hemos visto, Smith considera que la simpatía desempeña un papel fundamental en las relaciones entre los seres humanos, pues permite ajustar el propio comportamiento al de las personas con las que convivimos en la sociedad. Ahora bien, puesto que el crecimiento moral de las personas exige que ese sentimiento se convierta en una virtud cívica, hace falta que el agente económico pueda actuar con autonomía y sin coacciones, razón por la cual desconfía del Estado en esa función educativa. Es más bien la dinámica del mercado, sin cortapisas, la que va a provocar ese crecimiento moral que transforme posibles vicios privados en virtudes públicas y lo provoca, precisamente, porque la dimensión moral de las relaciones comerciales no es algo extrínseco a la propia actividad; el mercado solo funciona bien si se basa en la mutua confianza que proporciona una actuación basada en la simpatía y en la adopción de la perspectiva del espectador imparcial.

Es más, en la medida que Smith también pone la felicidad como meta que orienta el comportamiento humano y en la medida en que entiende esa felicidad en el sentido de plenitud humana, ofrece, sobre todo en su reflexión sobre los sentimientos morales, una concepción de la felicidad que va más allá del cálculo utilitarista que, mediante un equilibrio de placeres, busca el mayor bien para el mayor número de personas como norma reguladora de la actuación de las personas y las instituciones. La felicidad tiene una dimensión profundamente moral, en la medida en que es esa imparcial la que orienta nuestro comportamiento y en ella no se tiene en cuenta, de manera exclusiva, el bien individual, sino el bien colectivo.

No se convierten los vicios privados (el comportamiento malévolo de quien solo busca maximizar su beneficio) en públicas virtudes (el comportamiento benévolo que se basa en la simpatía) por la mágica intervención de la «mano invisible», sino por una propuesta rigurosa de educación, en la que se cuida el crecimiento moral mediante el desarrollo tanto de la simpatía extendida como de la imparcialidad valorativa.

Y en esta tarea no basta con el mercado, aunque sea fundamental la experiencia propia adquirida en el libre ejercicio de nuestra conducta, observando cuidadosamente cómo se comportan en general los seres humanos, sino que es necesario extender la educación entre la población, contar con la intervención del Estado para poner límites y potenciar comportamientos enfocados a la riqueza de la nación como un todo e incluso contar, como decía Smith, con la beneficiosa aportación de la religión para consolidar ese equilibrio entre el bien privado y el público.

No es este un objetivo que atente contra el egoísmo propio de los seres humanos, puesto que la propia naturaleza humana, según Smith, está sin duda orientada a satisfacer el interés propio como objetivo prioritario, pero está igualmente interesada por la suerte y la felicidad de los demás, como deja claro al principio del *Tratado sobre los sentimientos morales*. Y lo está, no solo porque le produzca placer ver la felicidad ajena, sino porque es consciente de que la satisfacción del interés propio está vinculada a la satisfacción del interés de los demás. El carnicero cuando realiza las transacciones comerciales, actúa ciertamente por interés propio, no por benevolencia, pero es consciente de que solo podrá seguir vendiendo si tiene en cuenta la satisfacción de los intereses de sus clientes. Amartya Sen ha contribuido recientemente a ampliar esta vinculación estrecha de la economía con la satisfacción de las necesidades de los ciudadanos.

Una última observación: Adam Smith identificaba el crecimiento de la riqueza de las naciones con el crecimiento de la producción de bienes de forma que a mayor producción, mayor riqueza. De este modo se hacía testigo de la enorme capacidad del capitalismo para lograr un desarrollo espectacular de las fuerzas productivas, algo que también percibió con claridad Carlos Marx. No cabe la menor duda de que en los dos últimos siglos, la capacidad del sistema económico para satisfacer las necesidades básicas de la población ha crecido notablemente, pero eso no significa que esa confianza en el crecimiento de la producción sea infinita o se vaya a seguir produciendo en cualquier circunstancia. Está en relación con la proporción, en función de la importancia y la escasez, de los factores que intervienen en la producción y actualmente uno de ellos, el capital, es el único relevante.

Dos siglos después de la publicación del ensayo sobre la riqueza de las naciones, se empezó a constatar que ese optimismo desarrollista era consecuencia de una visión a corto plazo. Es más, cuando, como han hecho los neoliberales en las últimas décadas, se ha intentado imponer radicalmente la completa desregulación del mercado, exaltando por encima de cualquier otro objetivo la obtención de beneficios a costa de una estimulación desenfrenada del consumo y una producción más y más barata, sin ninguna consideración moral sobre los procedimientos empleados, el resultado ha sido, como puede comprobarse, un aparente desarrollo, crecimiento o prosperidad, a corto plazo, que en unos pocos años ha llevado a la mayor y peor crisis de todos los tiempos, es decir, a una etapa de ineficiencia extrema, donde la mayor parte de los recursos están ociosos y se explotan otros hasta niveles peligrosos para la propia sostenibilidad de la vida sobre la Tierra.

Desde luego este problema solo puede resolverse con una recuperación de la capacidad reguladora del espectador imparcial, en la que el Estado desempeña un papel importante. Esa es la gran lección de la teoría keynesiana: hay que contemplar el largo plazo, haciendo que prevalezca por encima del corto y no se puede pretender que la economía se mantenga en equilibrio sobre dos patas, consumidores y empresarios. El sector público, la tercera pata, está desprovisto de los instrumentos de compensación que podrían hacerlo.

La inacción del Sector Público, el dejar que el mercado actúe sin control, sin compensación, no solo ha llevado a la injusticia social, sino a un punto donde la economía no cumple su función, no produce lo necesario para satisfacer las necesidades de los habitantes de cada país o de la humanidad si la extendiésemos a nivel global (cosa que nunca se ha planteado la globalización) y además, no sabemos cómo podremos reflotarla.

La evidencia es que los países con mejor calidad de vida son aquellos que promueven la justicia social, pues evitar la inequidad y la desigualdad limita la violencia y el enfrentamiento social por lo que existen en el mundo muchas instituciones que, en paralelo al menguante Sector Público, trabajan para conseguir esa igualdad.

Pero no sólo basta recuperar esa visión del Sector Público como garante de la perspectiva del espectador imparcial; hace falta también retomar lo que sobre la felicidad y las virtudes cívicas decía Smith que debía tener una persona en sociedades en las que operaba el libre mercado: la felicidad no se mide por el crecimiento del producto interior bruto, sino por el crecimiento integral de los seres humanos, lo que incluye la satisfacción de los intereses particulares junto con la satisfacción de los intereses públicos.

Cierto es que las instituciones y organismos que se preocupan de mejorar los índices de desarrollo han enriquecido el concepto de lo que entendemos por sociedad desarrollada, llegando en algunos casos a eliminar incluso la renta per cápita como indicador válido. También en este caso es importante la aportación de Sen, en especial su contribución a la elaboración de un índice de desarrollo humano más preciso. Pero una lección que podemos aprender de Smith es precisamente la de tener en cuenta esa dimensión profundamente moral de la plenitud humana.

CONCLUSIÓN

Parece claro, por tanto, que el fundador de las teorías liberales de la economía y la sociedad pueden aportar reflexiones que hagan posible y necesario superar la estrecha visión de la economía, de la sociedad y del ser humano que está presente en las actuales ideologías neoliberales. Basta con establecer un vínculo entre el Smith de la Teoría de los Sentimientos morales y el Smith del ensayo sobre la riqueza de las naciones. Aunque no llegó él mismo a desarrollar con precisión el vínculo estrecho entre ambos saberes, la filosofía moral y la ciencia económica, en el fondo lo tenía muy claro. Lo que sí hizo fue dejar bien asentadas las claves para poder completar esa tarea. Por un lado, la simpatía como sentimiento básico de la vida humana; por otro, el espectador imparcial, como dimensión medular de la madurez moral de las personas y por último, la compatibilidad, no exenta de conflictos, entre los intereses particulares y los intereses sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Por descontado, son fundamentales las tres grandes obras de Smith: *Investigación sobre naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, con varias ediciones, la última en Oikos Tau; *Teoría de los sentimientos morales*, editada por Alianza, y *Lecciones de Jurisprudencia*, publicada por la Agencia Estatal del BOE.

Amartya Sen publicó un interesante artículo en el *Financial Times* el 11 Marzo de 2009, “Adam Smith’s market never stood alone”, fácilmente accesible en Internet y otro por la misma fecha en *The New York Review of Books*, el 26 del mismo mes, «Capitalism Beyond the Crisis». Otros libros suyos defienden una visión que relaciona profundamente economía y planteamientos éticos, en especial *Commodities and Capabilities*, publicado en Amsterdam por North-Holland en 1985.

Jesús Conill hizo una valiosa reflexión sobre tres autores que aquí mencionamos, *Horizontes de economía ética: Aristóteles, Adam Smith, Amartya Sen*, publicados por Tecnos en 2013.

Y nos ha servido de referencia el artículo de Pena López y Sánchez Santos, «Los fundamentos morales de la economía: Una relectura del problema de Adam Smith», *Revista de Economía Institucional*, vol. 9, nº 16, 2007.

También el artículo de Samuel Fleischacker, «Adam Smith's Moral and Political Philosophy», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2015 Edition). El pensamiento de Keynes se expone en su obra básica, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, editada por el Fondo de Cultura Económica.

Dos obras sobre su teoría económica pueden ayudar a entender su aportación. Una es la de Antonio Torrero Mañas, *Keynes y la crisis financiera actual*, publicada por Marcial Pons en 2013, y otra más antigua, pero recientemente editada por El Hombre del Tres, la de Luis Ángel Rojo Duque, *Keynes, su tiempo y el nuestro*.

Para indagar en la economía del bien común, nada mejor que el libro de Christian Felber, *La economía del bien común*, publicado por Deusto en 2012.